



Jornada Mundial de la Paz

“Ya nunca más esclavos, sino hermanos”

Enero 2015



Carta Pastoral

Las Religiones y la Violencia

“Busca la Paz y corre tras ella”(Sal 34. 15)

Juan del Río Martín
Arzobispo Castrense



PAPA FRANCISCO, REZO EN SOLITARIO EN EL CEMENTERIO AUSTROHÚNGARO.
(13 SEPTIEMBRE DE 2014. REDIPUGLIA. ITALIA.)

Índice

Introducción. Una historia inacabada: la esclavitud.....	7
I. No silenciar a Dios, ni utilizar su Nombre en vano	8
1. Viejos y nuevos muros	9
2. El itinerario cristiano	11
3. La amenaza de los fundamentalismos	17
4. El deterioro del derecho a la libertad religiosa	22
II. “La obra de la justicia será la paz” (Is 32, 17)	25
1. “Proclamar la liberación a los cautivos” (Lc 4, 18).....	26
2. “... para Él no hay esclavo o libre” (Col 3, 11).....	30
3. “La justicia y la paz se besan” (Sal 85, 11)	34
III. En el Centenario de la Primera Guerra Mundial	38
1. La emancipación del hombre frente a Dios	39
2. La labor de los capellanes castrenses en la Gran Guerra.....	42
3. Benedicto XV, valeroso defensor de la paz.....	44
4. El Papa Francisco, recuerda a las víctimas de todos los conflictos armados.....	49
IV. A modo de conclusión	54
V. Mensaje del Santo Padre Francisco para la Celebración de la XLVIII Jornada Mundial de la Paz 2015	57



CARTA PASTORAL

LAS RELIGIONES Y LA VIOLENCIA

“Busca la paz y corre tras ella” (Sal 34, 15)

JUAN DEL RÍO MARTÍN

ARZOBISPO CASTRENSE DE ESPAÑA

Introducción. Una historia inacabada: la esclavitud

La XLVIII Jornada Mundial de la Paz que se celebrará el 1 de enero de 2015, llevará por lema: “Ya nunca más esclavos, sino hermanos”. En nuestro Arzobispado Castrense la celebraremos, como ya es costumbre, el domingo siguiente al 6 de enero, coincidiendo con la fiesta litúrgica del Bautismo del Señor.

Como indica el lema, la Jornada quiere mostrar un problema que no pertenece sólo al pasado, ya que la historia de la esclavitud es una historia incompleta. Porque, a pesar de a las solemnes declaraciones de las Naciones Unidas, siguen existiendo formas ancestrales de esclavitud, junto a otras nuevas maneras de dominación o sometimiento, de las que tampoco están exentas las sociedades más democráticas.

Son múltiples los rostros de la esclavitud moderna: el tráfico de seres humanos, la trata de los migrantes y de la prostitución, el trabajo esclavo de niños y mujeres... Se trata del viejo tema de la explotación del hombre por el hombre que, aprovechando el contexto de la crisis económica y de la corrupción, atenta contra la dignidad de la persona y tiraniza individuos y colectivos humanos. Esto supone un olvido de Dios y el desprecio de las criaturas.

Sin embargo, el mensaje del Evangelio transforma el corazón del hombre. Muestra el rostro del hombre nuevo, redimido de la

esclavitud del pecado. Así, liberado del mal, sanado de sus heridas y llamado a la perfección, el hombre puede establecer un tipo de relación distinta con los demás, basada en la justicia, la verdad, la libertad, la fraternidad y la solidaridad.

El bautizado en Cristo ha de continuar su obra redentora en el mundo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en los corazones de los discípulos de Jesucristo (cf. GS 1). La Iglesia se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia, cuando defiende los derechos del hombre allí donde son violados, negados o no reconocidos, tales como el derecho a la vida, a una familia unida, a la cultura y a la educación, a tener un trabajo digno, y a la que es “fuente y síntesis” de estos derechos, como lo definió san Juan Pablo II: “la libertad religiosa, entendida como derecho a vivir en la verdad de la propia fe y en conformidad con la dignidad trascendente de la propia persona”¹.

I. No silenciar a Dios, ni utilizar su Nombre en vano

La fe cristiana confiesa que Dios ha intervenido en el mundo por medio de la encarnación redentora de su Hijo Jesucristo, el cual es “camino, verdad y vida” (Jn 14, 6) que nos conduce al Padre por medio de su muerte y resurrección, derribando el muro de enemistad que separaba a los pueblos (cf. Ef 2, 14). Él es el Sumo Pontífice (el que hace puente) que permanece siempre (cf. Heb 5, 1; 7, 3); “Príncipe de la paz” (cf. Is 9, 5) que entregándonos su Espíritu, purifica y pacifica nuestras conciencias, y nos hace constructores de la paz.

¹ JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, n. 47.

1. Viejos y nuevos muros

No se pueden construir puentes entre los hombres olvidándose de Dios. Eso es lo que sucedió en Europa por la imposición de ideologías totalitarias y de nacionalismos exacerbados. Recientemente el papa Francisco ha recordado que “hace 25 años, el 9 de noviembre de 1989, caía el Muro de Berlín, que durante mucho tiempo separó en dos la ciudad y fue símbolo de la división ideológica de Europa y del mundo entero. La caída sucedió de improviso, pero fue posible por el compromiso largo y cansado de muchas personas que lucharon, rezaron y sufrieron por esto, algunos hasta el sacrificio de la vida. Entre ellos, un papel protagonista tuvo el papa san Juan Pablo II. Recemos para que, con la ayuda del Señor y la colaboración de todos los hombres de buena voluntad, se difunda cada vez más la cultura del encuentro, capaz de hacer caer todos los muros que aún dividen al mundo, y no vuelva a suceder que personas inocentes sean perseguidas e incluso asesinadas por causa de su credo y de su religión. Donde hay un muro hay corazones cerrados. ¡Son necesarios puentes y no muros! [...] La Iglesia nos estimula a comprometernos para que la humanidad pueda superar las fronteras de la enemistad y de la indiferencia, a construir puentes de comprensión y de diálogo, para hacer del mundo entero una familia de pueblos reconciliados entre ellos, fraternos y solidarios. De esta nueva humanidad, la Iglesia misma es signo de anticipación, cuando vive y difunde con su testimonio el Evangelio, mensaje de esperanza y de reconciliación para todos los hombres”².

² FRANCISCO, *Ángelus* (9 noviembre 2014).

El derrumbamiento de ese famoso muro berlinés parecía que representaba el fin de una época marcada por la tragedia de dos guerras mundiales, fue el signo de “la revolución de la libertad”. Pero, muy pronto, el continente europeo se vio envuelto en el baño de sangre, ignominia e irracionalidad que fueron las guerras de la antigua Yugoslavia (1991-2001), auténticos conflictos étnicos, religiosos y culturales. Miles de muertos, millones de desplazados, campos de concentración, genocidios, y una explosión de odios nacionalistas, fue el triste final de un violento ciclo de guerra y destrucción en el Viejo Continente, que se inició precisamente en los Balcanes, en 1912.

Todo esto ha mostrado, como dijo el papa Wojtyla, “lo frágil que es la paz, la necesidad de un compromiso activo por parte de todos y que sólo puede garantizarse abriendo nuevas perspectivas de contactos, de perdón y reconciliación entre las personas, los pueblos y las naciones. Europa, con todos sus habitantes, ha de comprometerse incansablemente a construir la paz dentro de sus fronteras y en el mundo entero”³.

Con la llegada del siglo XXI, “los muros de la vergüenza” continúan como amenazas contra la paz y como focos de nuevas esclavitudes en diversos lugares del mundo⁴. Existen cientos de ejemplos de vallas, tapias y toda clase de construcciones erigidas para separar países, o simplemente seres humanos. Hasta el mismo Mediterráneo se ha convertido en una “fosa” donde hay miles de

³ JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Ecclesia in Europa*, (Roma, 28 junio 2003), n. 112.

⁴ Cf. ABC/Redes, *Diez muros de la vergüenza que aún siguen en pie*, (Bitacorras.com/ Madrid, 12 noviembre 2014).

“inmigrantes muertos en el mar, por esas barcas que, en lugar de haber sido una vía de esperanza han sido una vía de muerte”⁵.

Los “muros visibles” de la actualidad que impiden la paz son sustentados ideológicamente por tres postulados perfectamente denunciados por el papa Francisco: primero por el fenómeno de “la globalización de la indiferencia” que ha endurecido el corazón humano ante el sufrimiento ajeno, como algo que no tiene que ver con nosotros, no nos importa, no nos concierne. Segundo, “la cultura del descarte”, que no se trata de la vieja y eterna cuestión de la explotación y de la opresión, sino de que “los excluidos no son “explotados”, sino desechos, sobrantes”⁶. Por último, “la dictadura del relativismo antropológico y moral” que conduce a un rechazo de la ética y de Dios⁷.

2. El itinerario cristiano

La promoción de la paz en el mundo es parte integrante de la misión con que la Iglesia prosigue la obra salvadora de Cristo sobre la tierra. Es verdad que la Iglesia es santa, porque su fundador es el Santo por antonomasia. Sus medios: la Palabra y los Sacramentos, son santos. Y porque es santo su fin: la salvación eterna. Sin

⁵ FRANCISCO, *Homilía*, (Lampedusa, 8 junio 2013). En el *Discurso del Parlamento Europeo* los ha manifestado más claramente: “No se puede tolerar que el mar Mediterráneo se convierta en un gran cementerio. En las barcazas que llegan cotidianamente a las costas europeas hay hombres y mujeres que necesitan acogida y ayuda. La ausencia de un apoyo recíproco dentro de la Unión Europea corre el riesgo de incentivar soluciones particularistas del problema, que no tienen en cuenta la dignidad humana de los inmigrantes, favoreciendo el trabajo esclavo y continuas tensiones sociales” (Estrasburgo 25 de noviembre 2014)

⁶ FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, n. 53.

⁷ Cf. *Ibid.*, 52.

embargo, está compuesta de miembros pecadores que ensombrecen ese rostro de santidad originaria y esencial. Sin este presupuesto, la lectura de los acontecimientos históricos de la Iglesia queda reducida a enfrentamientos de intereses humanos, como cualquier otra institución, faltándole descubrir la belleza de la gracia frente a la oscuridad del pecado, como bellamente lo explicaba san Juan de Ávila:

“Mas tú, Señor, sabes que, aunque haya habido en tu Iglesia muy muchos, y siempre hay algunos, cuya vida resplandezca como una gran luz [...] mas también sabes, Señor, cuán muchos hay en tu Iglesia, que comprende a buenos y malos cristianos”⁸.

El secularismo reinante, el relativismo cultural junto con muchos de los prejuicios históricos acerca de la Iglesia católica, la contribución que supone los fallos actuales de significativos miembros, han cristalizado en occidente un cierto rechazo a la cultura cristiana, que tiene muchas veces su expresión lo “políticamente correcto”. A todo esto, se une el fanatismo religioso que en otras partes del mundo está provocando una violencia brutal. Es una realidad constatable que el cristianismo es la religión más perseguida en mundo. El Papa Francisco lo ha dicho muy claro en su visita a Turquía: “En Siria y en Irak, en particular, la violencia terrorista no da indicios de aplacarse. Se constata la violación de las leyes humanitarias más básicas contra los presos y grupos étnicos enteros; ha habido, y sigue habiendo, graves persecuciones contra grupos minoritarios, especialmente – aunque no sólo – los cristianos y los yazidíes: cientos de miles de personas se han visto obligadas a

⁸ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audía Filia* [II]. *Obras Completas I* (BAC, Madrid, 2007), 612.

abandonar sus hogares y su patria para poder salvar su vida y permanecer fieles a sus creencias”.⁹

Desde estos factores mencionados, en ocasiones, se hace una lectura sesgada de la historia del cristianismo, sin tener en cuenta la mentalidad del momento ni otras coordenadas filosóficas o teológicas de aquellos tiempos.

Es evidente que en nuestro transcurrir real, ha habido pecados, errores, se han auspiciado cruzadas y guerras santas. Pero también se ha contribuido culturalmente con la creación de muchas instituciones docentes, universitarias y asistenciales a lo largo de los siglos¹⁰. Además de implantar las bases de los Derechos Fundamentales del Hombre, así como del Derecho Internacional Humanitario, que es hoy de obligado cumplimiento tanto para los gobiernos y los ejércitos participantes en un conflicto, como para los distintos grupos armados involucrados.

Por fidelidad histórica, la Iglesia no vio la guerra con buenos ojos, aunque siempre ha sostenido que es lícito frenar al agresor injusto, dentro del respeto al derecho internacional. De ahí, que desde el principio, pusiese condiciones a la barbarie: propiciando treguas santas y tratados, instituyendo el derecho de asilo, predicando la misericordia con los vencidos, racionalizando las condiciones para el uso de la violencia¹¹.

⁹ Francisco, *Discurso a las autoridades turcas*, (Estambul, 28 noviembre, 2014).

¹⁰ Cf. J. M^a LABOA, *Atlas Histórico de la Caridad*, (Edibesa, Madrid 2014).

¹¹ Cf. R.M^a. SANZ DE DIEGO, *Moral Política*, (BAC, Madrid 2012), 616.

La misma expresión guerra justa, responde a un concepto teológico-político desarrollado fundamentalmente por teólogos y juristas católicos que, partiendo de san Agustín y santo Tomás, y seguido por todos los tratadistas cristianos, llega hasta nuestros días. Durante siglos, ha significado un serio esfuerzo para hacer valer el derecho a la guerra, en la guerra y después de la guerra¹².

Evidentemente, la historia reciente muestra más claramente a una Iglesia defensora de la paz, heredera del gran legado cultural sobre la legítima defensa de las personas y los pueblos. Y es que todo estado soberano puede y debe organizar adecuadamente la defensa de su población y de su territorio¹³. Así, el mismo Concilio Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et spes*, al tiempo que afirma la necesidad de frenar la crueldad de la guerra y luchar por la paz, también establece que: “mientras exista el riesgo de guerra y falte una autoridad internacional competente y provista de medios eficaces, una vez agotados todos los medios de acuerdo pacífico de la diplomacia, no se podrá negar el derecho de la legítima defensa a los gobiernos [...] Pero una cosa es utilizar la fuerza militar para defenderse con justicia y otra muy distinta querer someter a otras naciones. La potencia bélica no legitima cualquier uso militar o político de ella. Y una vez estallada la guerra lamentablemente, no por eso todo es lícito entre los beligerantes. Los que, en servicio de la patria, se hallan en el ejército, considerándose instrumentos de la

¹² En el *Catecismo de la Iglesia Católica* n. 2309, se enumeran los elementos habituales que se utilizan en esta doctrina. Cf. R. GÓMEZ PÉREZ, *Ética y profesión milita*, (Arzobispado Castrense de España, Madrid 2013), 122-123.

¹³ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral de la Comisión Permanente del Episcopado de la Conferencia Episcopal de España: Constructores de la paz* (Madrid 1986) 39.

seguridad y libertad de los pueblos, desempeñando bien esta función, realmente contribuyen a estabilizar la paz”¹⁴.

Todo ciudadano y gobernante está obligado a empeñarse en evitar la guerra. La carrera de armamentos no asegura la paz, no elimina las causas de la guerra, sino que corre el riesgo de agravarlas, perjudicando hondamente en el bien común de las naciones y de la comunidad internacional. También las injusticias, las desigualdades sociales y económicas, así como una mentalidad que cultive el odio, la desconfianza y el orgullo, contribuyen a crear violencias y conflictos entre las naciones y comprometen el orden jurídico internacional¹⁵. Por ello mismo, san Juan Pablo II decía varios años antes de la caída del muro de Berlín: “la paz exige la conciencia de una responsabilidad común y de una colaboración solidaria cada vez más amplia, a nivel regional, continental, de todo el mundo, más allá de los bloques o egoísmo colectivos. En fin, la paz se ha de apoyar

¹⁴ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 79.

¹⁵ Francisco, *Encuentro con los periodistas en el vuelo de regreso de Turquía*: «Estoy convencido de que estamos viviendo una Tercera Guerra Mundial en fragmentos, en capítulos, por doquier. Detrás de esto hay enemistades, problemas políticos, problemas económicos, para salvar este sistema en el que el dios dinero y no la persona humana es el centro. Y detrás también hay intereses comerciales: el tráfico de armas es terrible, es uno de los negocios más fuertes en estos momentos. El año pasado, en septiembre, se decía que Siria tenía armas químicas: yo creo que Siria no era capaz de producir armas químicas. ¿Quién se las vendió? ¿Tal vez algunos de los que después la acusaban de tenerlas? Sobre este asunto de las armas hay demasiados misterios. Sobre la bomba atómica, la humanidad no ha aprendido. Dios nos ha dado la Creación para que de esta incultura hiciéramos cultura. El hombre la hizo y llegó a la energía nuclear, que puede servir a muchas cosas buenas, pero la ha utilizado para destruir a la humanidad. Esa cultura se convierte en una segunda incultura: yo no quiero hablar del fin del mundo, pero es una cultura que llamo “terminal”; después habrá que comenzar de nuevo, como hicieron las ciudades de Nagasaki e Hiroshima» (30 noviembre 2014).

sobre todo en la justicia y el respeto de los derechos del hombre que se impone a todo”¹⁶.

A pesar de los anhelos de paz que todos tenemos, hemos de contar con la existencia del mal y de la ambición humana que destruye a las personas y a las naciones. De ahí, que los poderes públicos tienen el derecho y el deber de mantener la defensa, la integridad y la independencia nacional. Ello requiere medios y personas que preserven y protejan los derechos personales y colectivos de la nación, del país, y del estado.

La existencia de unas Fuerzas Armadas y unos Cuerpos de Seguridad del Estado, y su pertenencia a ellos, no está reñida con el compromiso de ser constructores de la paz. De esto fue muy consciente el papa Wojtyła, que en diversas ocasiones, llamaría a los militares “centinelas de la paz”. En esta misma línea afirman los obispos españoles: “los cristianos que prestan un servicio armado en la construcción y defensa de la paz, deberán vivir también la vocación evangélica que se inspira en el amor, fructifica en el perdón y busca positivamente la paz. Para que los militares cristianos perseveren firmes en esa vocación evangélica, la Iglesia les presta su asistencia pastoral mediante sacerdotes especializados a quienes dedicamos desde aquí una palabra de reconocimiento y aliento”¹⁷.

¿Por qué de esa especialidad? Lo requiere la forma de vida del militar. El bienestar religioso y espiritual de los miembros de la

¹⁶ JUAN PABLO II, *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede* (Roma, 11 enero 1986) 2.

¹⁷ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral de la Comisión Permanente del Episcopado de la Conferencia Episcopal Española: Constructores de la paz* (Madrid 1986) 63.

milicia es un factor importante en el desarrollo de la identidad personal, la moral y la autoestima, imprescindibles todos ellos en una organización militar. Además, es un derecho del militar creyente, ser atendido en sus necesidades espirituales en tiempos de paz o de conflictos.

Los deberes del capellán castrense, son los mismos que los realizados por un clérigo en la vida diocesana territorial. Sin embargo, no es un añadido del clero diocesano, sino que tiene especificidad propia canónicamente regulada y vertebrada por la historia militar donde se desenvuelve su actividad pastoral. Misionero de frontera y puente entre tropas y mandos, la figura del capellán es conveniente no sólo en el campo espiritual, sino también en el operativo. Con su carácter flexible para la comunicación humana, seguridad en lo que anuncia y coherencia ministerial da razones, motivaciones y ejemplo de entrega en el ejercicio de la vocación militar, diaria o extraordinaria, en destino o en teatro de operación. Ellos han de ser, los primeros servidores de aquellos que tiene como vocación y profesión ser los custodios de nuestra seguridad, libertad y paz. Es un ministerio de paz entre las armas (*ministerium pacis inter arma*).

3. La amenaza de los fundamentalismos

El debate presente sobre las religiones y la violencia, ha surgido tras los atentados del 11 de septiembre en EE.UU. y tras las múltiples acciones terroristas perpetradas en el mundo por

movimientos integristas e islamistas, bajo la bandera de los yihadistas del Estado Islámico (IS)¹⁸.

Se trata de achacar a la fe en Dios y a los diversos credos, la violencia, el terrorismo y muchos de los conflictos bélicos¹⁹. El mismo premio Nobel portugués José Saramago llegó a decir públicamente: “al espíritu humano no le faltan enemigos, pero la creencia en Dios, en cualquier Dios, es uno de lo más corrosivos”²⁰. Ciertamente que a lo largo de la historia el hombre en muchas

¹⁸ FRANCISCO, *Discurso a la Presidencia de Asuntos Religiosos*, (Estambul, 28 noviembre 2014) donde alude a las horribles acciones violentas del IS, sin citarlo, y expresa que: “merece la más enérgica condena, porque el Todopoderoso es Dios de vida y de la paz”. Días más tarde en el vuelo de vuelta de su viaje a Turquía afirmo ante los periodistas: “El Corán es un libro de paz, es un libro profético. Esto no es Islam (ismo)...no se puede decir que todos los islámicos son terroristas: no se puede decir esto...Todos nosotros necesitamos una condena mundial, incluso de los islámicos, que tienen la identidad y que digan: “nosotros no somos aquellos. El Corán no es esto”.

¹⁹ FRANCISCO, *Carta Pontificia al Primer Ministro de Australia Tony Abbott con motivo de la Cumbre de los Jefes de Estado y de Gobierno de 20 países (G-20)* (Roma 13 noviembre 2014): “El mundo entero espera del G-20 un acuerdo cada vez más amplio que pueda llevar, en el marco de la ordenación de las Naciones Unidas, **al fin definitivo en Oriente Medio de la injusta agresión contra diferentes grupos, religiosos y étnicos**, incluidas las minorías. También tendría que llevar a la **eliminación de las causas profundas del terrorismo** que ha alcanzado proporciones hasta ahora inimaginables; entre esas causas están la pobreza, el subdesarrollo y la exclusión. Cada vez es más evidente que la solución a este grave problema **no puede ser exclusivamente de naturaleza militar**, sino que también debe centrarse en aquellos que de una u otra manera alientan a los grupos terroristas con el apoyo político, el comercio ilegal de petróleo o el suministro de armas y tecnología. También es necesario un esfuerzo educativo y **una conciencia más clara de que la religión no puede utilizarse como forma de justificar la violencia**”: <http://www.news.va/es/news/carta-del-papa-al-g-20-la-responsabilidad-con-lo-2> (30 octubre 2014).

²⁰ JOSÉ SARAGAMO, “El ‘factor Dios’”: *El País* (18 septiembre 2001): http://elpais.com/diario/2001/09/18/opinion/1000764007_850215.html (30 octubre 2014).

ocasiones ha usado el Nombre de Dios en vano, apropiándose lo más sagrado para sus propias conquistas y egoísmos. Pero eso mismo, también sucede cuando los grandes valores son utilizados en beneficio de la causa de un determinado grupo político o ideológico. Al final, el sistema creado por intereses particulares determinados, acaba sacrificando a la persona y esclavizando a la sociedad (recuérdense los crímenes horrendos de Hitler, Stalin o Pol-Pot). Sin embargo, no por eso podemos prescindir de las grandes causas humanas.

En nuestros días, nos encontramos ante una grave amenaza para las sociedades libres y la estabilidad mundial. El ejemplo más claro de la manipulación de lo sagrado, en función de un poder político-militar, lo tenemos en la creación del califato de la Yihad, donde el concepto de guerra santa contra el infiel no deja duda. Sus acciones terroristas no van dirigidas sólo a un choque de ejércitos sobre territorios en disputa, aun cuando ese aspecto pueda darse a escala regional, sino que es una proliferación incesante de brotes insurreccionales yihadistas que se suceden en distintos lugares del planeta²¹.

²¹ “Para los yihadistas, el tiempo de tercera guerra mundial ha comenzado. Su justificación desde el Corán no ofrece dudas: habrá que insistir en la yihad hasta que cese la discordia (*fitnah*), es decir, hasta que impere sin obstáculo la fe en Alá... Guerra y muerte contra los infieles y los herejes chiíes; creación inmediata de un orden social y religioso basado en la *sharía*,... aplicación estricta del terror para la dominación y como propaganda; aprovechamiento de todo recurso económico accesible, desde las subvenciones masivas a la extorsión... y por último, recuperación del agente unificador que en la etapa expansiva del Islam representó el califato”: A. ELORZA, “Tiempo de Yihad”: *La aventura de la Historia*, nº 17 (Madrid 2014), 21. Cf. R. Tobajas, “El Estado Islámico contra las minorías religiosas”: *Acontecimiento* 112 (2014) 5-7.

El objetivo de destruir al adversario, no sólo se dirige a su fuerza militar, sino también a su opinión pública y a las raíces religiosas y culturales de la llamada civilización occidental. La globalización de las comunicaciones (internet, televisión, redes sociales) han convertido este fanatismo religioso-político-militar en una realidad a escala mundial. En este escenario horrible se da la esclavitud y se ha roto todo lazo de fraternidad con otros pueblos y religiones.

Es verdad que la incertidumbre económica y política, la habilidad manipuladora de algunos y una deficiente comprensión de la religión, entre otros factores, son el caldo de cultivo de este fanatismo religioso de la yihad, que es una falsificación de la religión, en cuanto que han separado la fe de la razón. Es evidente que cuando no hay un equilibrio entre una y otra, cualquier credo religioso puede ser utilizado para justificar y promover la violencia. El problema es que la no profundización de esta relación ha marcado la historia de una determinada interpretación del Islam²².

Ahora bien, si la fe sin la razón produce el fundamentalismo, también la razón sin la fe genera la dictadura del relativismo. El problema no está en las realidades, sino en el uso que hacemos de ellas, trátase de Dios, patria, igualdad, libertad, justicia... Además, no habría que perder de vista lo que ha sucedido cuando regímenes políticos han querido extirpar la religión de las conciencias y de la sociedad, como dice el papa Francisco: “a la larga fomenta más el

²² Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, (12 septiembre 2006). Mohamed Amin Al-Midani, “Dignidad humana y guerra: perspectivas islámicas”: *El Derecho Humanitario y las Religiones*, (Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2009), 59-68.

resentimiento que la tolerancia y la paz”²³. Así sucedió, por ejemplo, durante la revolución francesa cuando, en nombre de la “diosa razón”, se cometieron toda clase de crímenes y violaciones. O qué decir de los Gulags de Siberia y de los resultados morales, sociales y económicos del paso del comunismo por los países del Este Europeo. Sucede lo que afirmaba el teólogo protestante Karl Barth: “cuando el cielo se vacía de Dios, la tierra se llena de ídolos”²⁴. Tanto los ateos como los creyentes podemos fabricar ídolos y éstos son siempre dioses de muerte que terminan aplastando al hombre y llevándonos a la guerra.

El Nuevo Testamento nos relata cómo Jesús terminó en la cruz, porque quienes lo crucificaron creyeron que estaban cumpliendo el mandato de Dios. Él mismo dirá a sus discípulos: “... llegará incluso una hora cuando el que os dé muerte pensará que da culto a Dios. Y esto lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí” (Jn 16, 2-3). Por eso, una cosa es hablar de Dios y otra conocerlo y amarlo. Quienes hacen lo segundo se sitúan en lo que san Juan Pablo II llamaba “el genuino sentimiento religioso”, el cual es “fuente inagotable de respeto mutuo y de armonía entre los pueblos; más aún, en él se encuentra el principal antídoto contra la violencia y los conflictos”²⁵.

²³ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 255.

²⁴ Cit. en: R. CAMMILLERI, *Los monstruos de la Razón* (Rialp, Madrid 1995) 18.

²⁵ JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz*, (Roma, 1 enero 2002) 14.

4. El deterioro del derecho a la libertad religiosa

Otra cuestión es la limitación o negación en más 80 países del derecho fundamental a la libertad religiosa, sin la cual no puede haber paz entre las naciones y los pueblos²⁶. Ello atenta contra Dios y daña a la persona, y por lo tanto a la convivencia pacífica entre los ciudadanos.

Es un hecho innegable que la Iglesia católica en el mundo se enfrenta con dos fuertes fundamentalismos: el islámico y el laicista. Por un lado sabemos que en los países de mayoría musulmana, las minorías religiosas sufren intolerancia y discriminación social. Pero en el otro extremo tenemos el laicismo exacerbado que, siendo ante todo una corriente de pensamiento, persigue, entre otras finalidades, recluir en el ámbito de lo privado la enseñanza de la religión, suprimiendo la dimensión espiritual de la persona o confundiéndola con un mero “epifenómeno” sociológico o psicológico, oponiéndose a la vertiente social de la religión, llegando, incluso, a negar la libertad de la Iglesia y a reducirla a una simple asociación privada²⁷.

Benedicto XVI habló muy claro a este respecto: “No se ha de olvidar que el fundamentalismo religioso y el laicismo son formas especulares y extremas de rechazo del legítimo pluralismo y del principio de laicidad. En efecto, ambos absolutizan una visión reductiva y parcial de la persona humana, favoreciendo, en el primer caso, formas de integrismos religiosos y, en el segundo, de

²⁶ Cf. FUNDACIÓN AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA (AIN), *Informe sobre Libertad Religiosa 2014*, (Königstein 2014) p. 6; AA.VV. “¿Por qué me persigues? Libertad y persecuciones religiosas: *Acontecimiento* 110 (2014) 35-64.

²⁷ Cf. J. L. GUTIÉRREZ GARCÍA, *Manual de la Ciudadanía Cristiana, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia*, (CEU, Madrid 2013), 241-259.

racionalismo. La sociedad que quiere imponer o, al contrario, negar la religión con la violencia, es injusta con la persona y con Dios, pero también consigo misma”²⁸.

Por lo tanto, el islamismo radical aspira a que toda la sociedad se rija por los parámetros de su religión y el fundamentalismo laicista pretende borrar todo rastro de Dios en la esfera pública. Ambas posturas coinciden en no respetar la libertad religiosa de los demás.

No vendría mal recordarles a unos y a otros que el derecho a la libertad religiosa, fundado en la dignidad de la persona, consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción tanto por parte de personas particulares como de grupos sociales, políticos o religiosos, de tal manera que no se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se le impida actuar conforme a ella en privado y en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites debidos que impone el ordenamiento justo para la convivencia y el bien común de los ciudadanos²⁹.

Lo que ocurre es que, para el islamismo radical, la libertad religiosa no existe, porque su pretensión es islamizar todo el planeta poniendo en marcha una resistencia global –“yihadismo global”– que

²⁸ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz*(Roma 1 enero 2011) 8.

²⁹ Francisco: “no podemos olvidar aquí las numerosas injusticias y persecuciones que sufren cotidianamente las minorías religiosas, y particularmente cristianas, en diversas partes del mundo. Comunidades y personas que son objeto de crueles violencias: expulsadas de sus propias casas y patrias; vendidas como esclavas; asesinadas, decapitadas, crucificadas y quemadas vivas, bajo el vergonzoso y cómplice silencio de tantos” *Discurso en el Parlamento Europeo*, (Estrasburgo 25 de noviembre 2014). Cf. CONCILIO VATICANO II, *Dignitatis humanae*, nn. 1-3.

acabe desestabilizando y derrumbando a todos aquellos que se opongan a la ley islámica, que es la que ha de regir a los pueblos y a las personas. Sobre este gran problema el papa Bergoglio afirma en su primera Exhortación Apostólica: “Ruego, imploro humildemente a esos países que den libertad a los cristianos para poder celebrar su culto y vivir su fe, teniendo en cuenta la libertad que los creyentes del Islam gozan en los países occidentales. Frente a episodios de fundamentalismo violento que nos inquietan [...] el verdadero Islam y una adecuada interpretación del Corán se oponen a toda violencia”³⁰.

Tampoco el fundamentalismo laicista, tan de actualidad en España como en otras partes de Occidente, respeta la libertad religiosa, porque pretende negar a lo religioso el puesto que le es propio, de modo absoluto, o al menos en el ámbito de lo público, reflejando, sin decirlo, una concepción totalitaria del estado que lo invade todo. Es curioso que este también llamado “progresismo laicista”, no quiera saber nada con el catolicismo, aunque luego sean los más entusiastas defensores de la tolerancia, la integración y el entendimiento con otras religiones. A estos les recuerda el actual Obispo de Roma que: “un sano pluralismo, que de verdad respete a los diferentes y los valores como tales, no implica una privatización de las religiones, con la pretensión de reducirla al silencio y la oscuridad de la conciencia de cada uno, o a la marginalidad del recinto cerrado de los templos, sinagogas o mezquitas”³¹. Dicho pluralismo es fundamental para crear una convivencia pacífica.

³⁰ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 253.

³¹ *Ibid.*, n. 255.

Si bien es cierto, como ya he indicado más arriba, que se ha utilizado el nombre de Dios para justificar la violencia, esto no puede ser argumento para que se prive a los ciudadanos del derecho a la libertad religiosa. Es un derecho, limitado y regulado por las leyes civiles, pero no podemos olvidar que toda religión, que quiere ser auténtico encuentro con Dios, debe fomentar el bien común, promover la paz, buscar una sociedad justa y ser camino de liberación de todo aquello que esclaviza al hombre³².

II. “La obra de la justicia será la paz” (Is 32, 17)

No deja de ser significativo que coincidiera en el tiempo la defensa de la libertad como derecho civil, –y más en concreto de la libertad religiosa–, con el final de la esclavitud. El pensamiento liberal de principios del siglo XIX y el fin del Antiguo Régimen, pusieron de manifiesto que todos los hombres, cualquier hombre y mujer, son libres e iguales. Ahora bien, esta libertad no se puede fundamentar en un derecho otorgado por el estado, ni puede ser el resultado de un consenso, de luchas violentas, ni algo que se compra o se vende como mercancía. La libertad tiene su fundamento en la dignidad de la persona humana. Y esto, que es una verdad que tiene su raíz en el ser del hombre, también es una verdad revelada en Cristo, como afirma el Concilio Vaticano II: “Finalmente, al consumar en la cruz la obra de la redención, para adquirir la salvación y la verdadera libertad de los hombres, [Jesucristo] completó su revelación. Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino no se defiende a golpes, sino que se establece dando testimonio de la

³² Cf. PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 422.

verdad y prestándole oído, y crece por el amor con que Cristo, levantado en la cruz, atrae a los hombres a Sí mismo”³³.

1. “Proclamar la liberación a los cautivos” (Lc 4, 18)

La historia de Israel no se entiende sin la Alianza que Dios sella con su pueblo por medio de Moisés. Ésta fue una promesa de liberación ante la opresión que el pueblo estaba sufriendo a manos del Faraón. Un pacto que quedó sellado con la entrega de las tablas de la Ley, en el Monte Sinaí, y que sería recordada en las distintas disposiciones legales. “Esta legislación indica que el acontecimiento salvífico del éxodo y la fidelidad a la Alianza representan no sólo el principio que sirve de fundamento a la vida social, política y económica de Israel, sino también el principio regulador de las cuestiones relativas a la pobreza económica y a la injusticia social”³⁴.

La liberación que Dios trae se fundamenta en la Alianza que sella con el hombre. Éste, cuando se ve pobre y desamparado, recuerda la promesa hecha por Dios. Pone su confianza en Aquel que ha prometido la salvación. Tiene la seguridad de que Dios vendrá en su auxilio. Y el Señor cumple siempre su palabra. A pesar de las infidelidades del pueblo y del pecado del hombre, Dios nunca abandona la obra de sus manos. Así, la liberación no hay que esperarla de un hombre, rey o profeta, sino que Dios mismo es quien salva a su pueblo: “Esto dice el Señor, tu libertador, que te ha formado desde el seno materno [...] Confirmando la palabra de mi siervo y realizo el plan de mis mensajeros. Digo de Jerusalén: ‘Será

³³ CONCILIO VATICANO II, *Dignitatis humanae*, n. 11.

³⁴ PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 24.

habitada', de las ciudades de Judá: 'Serán reconstruidas'. Yo mismo levantaré sus ruinas" (Is 44, 24. 26).

El pueblo de Israel concibió la caída de Jerusalén y el destierro en Babilonia como un castigo por haber roto su fidelidad con Dios. Ha sido conquistado por pueblos extranjeros a consecuencia de sus pecados. Sin embargo, cuando los profetas anuncian la liberación, no se refieren directamente a lo que podríamos llamar una "liberación material" de la esclavitud, sino a la redención de los pecados. Así, la esperanza mesiánica se basa en la misericordia de Dios que renueva la alianza con su pueblo. "Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón, y así infundes temor. [...] Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa; y él redimirá a Israel de todos sus delitos" (Sal 130, 3-4. 7b-8).

Este anuncio de liberación era prefiguración de la redención de Cristo. En este sentido, es significativo que en el Nuevo Testamento, cuando se habla de libertad y liberación, se relaciona con el pecado y con el bautismo como participación en la muerte y resurrección de Cristo. Así, es el pecado quien hace esclavo al hombre (Jn 8, 34-35) y, como consecuencia, el fruto del pecado es el mal de la esclavitud que conduce a la muerte (Rom 6, 15-23).

Cuando Juan Bautista señala a Jesús de Nazaret como "el cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29) está indicando que el Mesías es aquel que entrega su vida por los pecadores. El evangelista nos muestra de esta manera que todos los misterios de la vida de Cristo están dirigidos hacia la Pascua, momento en el que se realiza el sacrificio del cordero, se conmemora

la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto, y se llega a la plenitud de la Alianza que Dios sella con su pueblo.

Esto fue lo que anunció el mismo Jesús momentos antes de ser bautizado en el Jordán: “Está bien que cumplamos toda justicia” (Mt 3, 15). Así se pone de manifiesto que Jesús se presenta, por una parte, como Siervo de Dios, dispuesto a cumplir la voluntad del Padre; por otra se hace solidario con el pecado de los hombres. Se hace esclavo, para liberarnos de todas las esclavitudes. En el descenso de Jesús a las aguas del Jordán descubrimos a un Dios que se ha compadecido de los hombres. Se ha compadecido de su sufrimiento físico y moral. Carga con la culpa del hombre porque es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. “Si en las penurias de la opresión egipcia la sangre del cordero pascual había sido decisiva para la liberación de Israel, Él, el Hijo que se ha hecho siervo [...] se ha hecho garantía ya no sólo para Israel, sino para la liberación del ‘mundo’, para toda la humanidad”³⁵.

Cuando Jesús salió del agua se oyó la voz que decía: “Éste es mi hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3, 17). El hombre se reconcilia con Dios. Se le abren las puertas del cielo. Ya no está bajo la servidumbre del temor; ha dejado de ser esclavo y pasa a vivir en la libertad de los hijos de Dios.

“Cristo, nuestro Liberador, nos ha librado del pecado, y de la esclavitud de la ley y de la carne, que es la señal de la condición del hombre pecador. Es pues la vida nueva de la gracia, fruto de la justificación, la que nos hace libres. Esto significa que la esclavitud

³⁵ J. RATZINGER/BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Primera parte. Desde el Bautismo a la Transfiguración*, (La Esfera de los Libros, Madrid 2007), 44.

más radical es la esclavitud del pecado. Las otras formas de esclavitud encuentran pues en la esclavitud del pecado su última raíz. Por esto la libertad en pleno sentido cristiano, caracterizada por la vida en el Espíritu, no podrá ser confundida con la licencia de ceder a los deseos de la carne. Ella es vida nueva en la caridad”³⁶.

En el discurso pronunciado en la sinagoga de Nazaret, Jesús se presenta como el Ungido por el Espíritu Santo que ha venido a liberar a los cautivos por el pecado. Sabemos que sus palabras no se pueden interpretar en clave política. En ningún momento hizo un llamamiento a las armas y cuando, en algunas ocasiones, el pueblo quiso “llevárselo para hacerlo rey”, huyó a un lugar apartado (cf. Jn 6, 15). Tampoco se presentó como un revolucionario, que quisiera restaurar el antiguo reino de Israel derrotando al invasor romano, como el mismo Jesús pone de manifiesto en su respuesta a Pilato: “¿Eres tú el rey de los judíos? [...] Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí” (Jn 18, 33-36).

En este diálogo con Pilato, Cristo se presenta como rey. Sin embargo, a diferencia de lo que podía pensar el propio Pilato y de lo que podían esperar algunos judíos, Jesús se distancia de las pretensiones políticas. La misión de Jesucristo es “dar testimonio de la verdad”, a lo que Pilato pregunta: “¿Qué es la verdad?” (Jn 18, 37-38). La respuesta es un Dios Crucificado, donde se muestra la

³⁶ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación* IV, 2: <http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfait_h_doc_19840806_theology-liberation_sp.html> (17noviembre 2014).

verdad sobre el hombre, la liberación de cualquier esclavitud, la reconciliación y la fraternidad (cf. Rom 11, 32; Gal 3, 22). Esta realidad salvífica nunca se alcanza por medios violentos, sino por aquellos que sean conforme a la dignidad de la persona, ya que: “la violencia engendra violencia y degrada al hombre. Ultraja la dignidad del hombre en la persona de las víctimas y envilece esta misma dignidad en quienes la practican”³⁷.

2. “... para Él no hay esclavo o libre” (Col 3, 11)

El mensaje de Jesús, cobra más valor si tenemos en cuenta que se predicó en una sociedad donde había esclavos y libres. Unos y otros entendieron que la noticia liberadora del Evangelio no sustentaba una “lucha de clases”, ni destruía la estructura de aquella sociedad. Sin embargo, eso no fue un inconveniente para que el hecho cristiano tuviera una repercusión social, pero fundamentado en la transformación interior de la persona. El mejor ejemplo de esto lo tenemos en la carta de San Pablo a Filemón. No deja de ser significativo que, una carta privada, haya pasado a formar parte del canon de las Escrituras.

A tenor de los datos que nos proporciona esta carta, sabemos que Filemón era un cristiano de Colosas, convertido al cristianismo por el mismo Pablo y que tenía una posición económica elevada. Probablemente era una persona bien considerada en la comunidad de

³⁷ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación* XI, 7: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19840806_theology-liberation_sp.html (17 noviembre 2014)

aquella ciudad y su casa serviría como lugar de reunión para los cristianos colosenses³⁸.

La carta, en su brevedad, pone de manifiesto dos cuestiones que son importantes. La primera, que el cristianismo no fue, ni es, una religión excluyente. El mensaje del Evangelio es para todos, independientemente de su condición social, sexo, lengua o nación. “Los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo. No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gal 3, 27-28).

En segundo lugar, el bautizado ha sido transformado; por tanto, en el caso de Onésimo, aunque sigue siendo un esclavo desde el punto de vista de la condición social, es ahora una persona libre porque ha sido rescatado del pecado y de la muerte. El bautismo no cambia la situación en la que se encontraba el cristiano antes de su conversión, como indica el mismo Pablo: “Que cada cual permanezca en la vocación a la que ha sido llamado. Si has sido llamado siendo esclavo, no te preocupes, [...] Pues el que ha sido llamado en el Señor siendo esclavo es liberto del Señor” (1Co 7, 20-22).

El Apóstol en su carta a Filemón no hace un alegato contra la esclavitud. Tampoco exige un cambio en las estructuras sociales. Según las leyes de la época, posiblemente Onésimo debía ser castigado ya que era un fugitivo; sin embargo, Pablo no pide su libertad. Entonces, ¿cuál es la novedad que introduce el cristianismo respecto a la esclavitud? Que Onésimo vuelve “como un hermano

³⁸ Cf. W. A. MEEKS, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*, (Sígueme, Salamanca 2012), 107-108.

queridísimo” (Flm 16), es decir, que ese esclavo fugitivo tiene una dignidad, porque es imagen de Dios y, al mismo tiempo, es un hombre nuevo y por tanto la relación con Filemón no es sólo de superior a inferior, de dueño a siervo, sino de hermano a hermano. Es un caso claro cómo la mejor “medicina social” acerca de las viejas y nuevas esclavitudes, es sentirnos hermanos universales.

El mensaje del Nuevo Testamento, y más en concreto de la carta a Filemón, nos muestra que “Dios no hace acepción de personas” (Hch 10, 34), porque todos los hombres tienen la misma dignidad de criaturas a su imagen y semejanza. Y es precisamente esto lo que fundamenta la dignidad de cada ser humano antes los demás hombres. “Esto es, además, el fundamento último de la radical igualdad y fraternidad entre los hombres, independientemente de su raza, nación, sexo, origen, cultura y clase”³⁹.

Ahora bien, a pesar de la claridad del mensaje, hay un hecho claro: la esclavitud ha pervivido a lo largo de la historia en el Occidente Cristiano. Incluso en nuestros días, como decía al comienzo de esta carta, existen muchas formas de esclavitud que impiden al hombre ser libre y progresar como ser humano. Y ¿dónde está la raíz de este mal? En la ausencia de Dios, porque cuando el hombre prescinde de Dios, acaba destruyendo la imagen del Creador que hay en él. Así lo expresó, de forma dramática, el filósofo anti-personalista Michael Foucault: “Más que la muerte de Dios [...] lo que anuncia el pensamiento de Nietzsche es el fin de su asesino; es el estallido del rostro del hombre en la risa y el retorno de las

³⁹ PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 144.

máscaras”⁴⁰. ¿Dónde han quedado los intentos por construir una sociedad sin Dios? Siempre han acabado en los totalitarismos, donde el hombre pierde su dignidad y acaba siendo destruido.

El Evangelio, en cambio, tiene una fuerza transformadora, que debe llevar a cambiar las relaciones sociales según las exigencias del Reino. El papa Benedicto XVI dirá que el encuentro con Dios por medio de Cristo tiene un carácter “performativo”, es decir, “que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida”⁴¹. En este sentido, el Papa pone el ejemplo de la esclava africana santa Josefina Bakhita. Esta mujer, secuestrada con nueve años y que fue vendida en varias ocasiones y maltratada, conoció al Dios de Jesucristo. Un Dios que había muerto por ella y por eso ella era valiosa y amada. Cristo había transformado la vida de esta mujer, como la de tantas personas que, entonces como ahora, eran esclavas. “Lo que Jesús había traído, habiendo muerto Él mismo en la cruz, era algo totalmente diverso: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transformaba desde dentro la vida y el mundo”⁴².

Este encuentro con Cristo, no sólo transforma a la persona individual, sino que cambia el modo de relacionarse los hombres entre sí. En consecuencia tiene una dimensión social que no se debe olvidar, ni ocultar. Siendo un bien que es para todo hombre, está

⁴⁰ M. FOUCAULT, *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*, (Siglo XXI, Argentina 1968), 373-374.

⁴¹ BENEDICTO XVI, *Spes salvi*, n. 2.

⁴² *Ibid.*, n. 4. Cf. *Ibid.*, n. 3.

llamado a expandirse en todas las realidad sociales, transformando aquellas estructuras que son injustas o esclavizan; siendo germen de paz y reconciliación entre los hombres; creando relaciones fraternas donde hay odio⁴³.

3. “La justicia y la paz se besan” (Sal 85, 11)

Cristo, con su muerte en la cruz, ha reconciliado a los hombres. Ha recompuesto, en el hombre, la imagen de Dios perdida por el pecado y nos ha hecho hermanos. Desde esta base, que es el reconocimiento de la común dignidad de cada persona, se puede construir una fraternidad duradera que esté por encima de toda división y haga frente a las desigualdades que hay entre los hombres y los pueblos. Así, el común esfuerzo de todos permitirá un desarrollo integral de la persona, como lo expresó el beato Pablo VI: “El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre. Con gran exactitud ha subrayado un eminente experto: ‘Nosotros no aceptamos la separación de la economía de lo humano, el desarrollo de las civilizaciones en que está inscrito. Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera’”⁴⁴.

En consecuencia, este desarrollo integral, como insistió repetidamente Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*, supone el paso de condiciones de vida menos humanas a condiciones de vida más humanas. Estas afectan a todo lo que es el hombre y a su

⁴³ Cf. PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 4.

⁴⁴ PABLO VI, *Populorum progressio*, n. 14.

dignidad, y hacen referencia incluso a los valores más supremos y a Dios que es la fuente y el fin hacia el cual se dirige el auténtico desarrollo y progreso de los hombres⁴⁵.

Ahora bien, esto no es posible sin el desarrollo solidario, consecuencia lógica de la fraternidad que crea vínculos de interdependencia entre los hombres, de tal forma que unos se hacen solidarios de las injusticias que sufren otros. En consecuencia, la solidaridad no es una mera manifestación superficial de rechazo ante determinadas situaciones contrarias a la dignidad de la persona, es mucho más, “es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”⁴⁶.

La solidaridad presupone el reconocimiento de la dignidad de la persona. Busca el bien común y lleva a que nos sintamos responsables de los pobres. Y, reconociendo los legítimos derechos de todos los hombres y las legítimas diferencias de todos los pueblos, busca transformar la realidad, superando las barreras y divisiones que han levantado el afán de dominio económico, militar y político.

Así, la solidaridad se convierte en camino hacia la paz y hacia el desarrollo, de esta manera lo expresaba san Juan Pablo II: “El lema del pontificado de mi venerado predecesor Pío XII era *Opus iustitiae pax*, la paz como fruto de la justicia. Hoy se podría decir, con la

⁴⁵ “No hay, pues, más que un humanismo verdadero que se abre a lo Absoluto, en el reconocimiento de una vocación, que da la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose. Según la tan acertada expresión de Pascal: ‘el hombre supera infinitamente al hombre’”: *Ibid.*, 42. Cf. *Ibid.*, 21.

⁴⁶ JUAN PABLO II, *Solicitud rei socialis*, n. 38.

misma exactitud y análoga fuerza de inspiración bíblica (cf. Is 32, 17), *Opus solidaritatis pax*, la paz como fruto de la solidaridad. El objetivo de la paz, tan deseada por todos, sólo se alcanzará con la realización de la justicia social e internacional, y además con la práctica de las virtudes que favorecen la convivencia y nos enseñan a vivir unidos, para construir juntos, dando y recibiendo, una sociedad nueva y un mundo mejor”⁴⁷.

Sabemos muy bien que las injusticias generan violencia, provocan guerras. Cuando no se reconocen los derechos humanos, cuando se viola la dignidad de la persona y no se busca el bien común, la paz está en peligro. Y, por ello, si queremos transformar la realidad social según criterios evangélicos; si buscamos el desarrollo integral de la persona; si queremos trabajar por el progreso de los pueblos, es necesario promover y defender la justicia. “Este es el mejor camino para llegar al descubrimiento genuino de la Paz: si nos ponemos a buscar dónde nace verdaderamente, nos damos cuenta de que ella hunde sus raíces en el auténtico sentido del hombre. Una Paz que no sea resultado del verdadero respeto del hombre, no es verdadera Paz. Y ¿cómo llamamos a este sentido verdadero del hombre? Lo llamamos Justicia”⁴⁸.

La consecución de la paz conlleva una justa distribución de la riqueza, esto es, la búsqueda del bien común, y el respeto a los derechos individuales de la persona. En este sentido, conviene resaltar que la justicia no hace referencia sólo y exclusivamente a los

⁴⁷ *Ibid.*, 39.

⁴⁸ PABLO VI, *Mensaje para la V Jornada de la Paz: “Si quieres la paz trabaja por la justicia”* (1 enero 1972): http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/messages/peace/documents/hf_p-vi_mes_19711208_v-world-day-for-peace_sp.html (19 noviembre 2014).

bienes materiales, sino también a los “bienes espirituales”, como son el derecho a la educación y a la cultura, e incluso el derecho a la libertad religiosa.

La paz no se consigue al margen de los deberes de la justicia, sino que los exige. Ahora bien, sabemos que esto no es suficiente. Como recordó Juan Pablo II, tras los atentados del 11 de septiembre, la fragilidad de la justicia se sostiene con el perdón. Y hoy, como hace ya trece años, la paz, la justicia y la reconciliación están amenazadas por el terrorismo, que justifica su actuación tanto en las injusticias reales que hay en el mundo como en el nombre de Dios. Sin embargo, ante este fenómeno, no se debe responder a la violencia con violencia (entendiendo por violencia los actos que se ejecutan contra el modo regular o fuera de razón o justicia). Y ello respetando siempre el derecho que una nación o un pueblo tienen a defenderse del terrorismo mediante el uso legítimo de la fuerza el cual, al ejercerse dentro de la razón y la justicia, no es equiparable a la violencia, conforme a lo dicho más arriba⁴⁹. Entonces, si queremos construir una sociedad justa y solidaria es necesario el perdón que reconcilie a los enemigos y se puedan crear lazos de fraternidad,

⁴⁹ “La legítima defensa puede ser no solamente un derecho, sino un deber grave, para el que es responsable de la vida de otro. La defensa del bien común exige colocar al agresor en la situación de no poder causar perjuicio. Por este motivo, los que tienen autoridad legítima tienen también el derecho de rechazar, incluso con el uso de las armas, a los agresores de la sociedad civil confiada a su responsabilidad” (CEC n. 2265).

“Todo ciudadano y todo gobernante están obligados a empeñarse en evitar las guerras... una vez agotados todos los medios de acuerdo pacífico, no se podrá negar a los gobiernos el derecho a la legítima defensa” (GS 79)” (CEC n. 2308).

porque “la paz es la condición para el desarrollo, pero una verdadera paz es posible solamente por el perdón”⁵⁰.

La construcción de la paz es un don y una tarea, donde militares, guardia civiles y policías desarrollan su vocación profesional: conocimiento, voluntad y hasta corazón son entregados en servicio de la seguridad y del bien común de la Patria. A esa edificación están llamados todos los hombres y mujeres de buena voluntad, y para los creyentes es la meta a la que nos conduce el Príncipe de la Paz. Ahora bien, también sabemos que, como don, sólo será pleno al final de la historia. Mientras caminamos en este “valle de lagrimas”, tanto, tenemos en nuestras manos la labor de hacer presente, mediante nuestro testimonio, el Reino de justicia, amor y paz que Cristo ha inaugurado con su muerte y resurrección.

“Voy a escuchar lo que dice el Señor: ‘Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos y a los que se convierten de corazón’” (Sal 85, 9). El salmista, escuchando lo que Dios dice a su pueblo sobre la paz, oye estas palabras: “La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan” (Sal 85, 11)”⁵¹.

III. En el Centenario de la Primera Guerra Mundial

La conocida por la Gran Guerra, fue un acometimiento desarrollado principalmente en Europa, que dio comienzo el 28 de

⁵⁰ Juan Pablo II, *Mensaje para la XXXV Jornada Mundial de la Paz*: “No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón” (1 enero 2002): http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/messages/peace/documents/hf_jp-ii_mes_20011211_xxxv-world-day-for-peace_sp.html (20 noviembre 2014).

⁵¹ PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 490.

julio de 1914 y finalizó el 11 de noviembre de 1918. Más de 9 millones de combatientes perdieron la vida. Recibió el calificativo de mundial, porque en ella se vieron involucradas todas las grandes potencias industriales y militares de la época, divididas en dos alianzas opuestas. En total, más de 70 millones de militares, incluyendo 60 millones de europeos, se movilizaron y combatieron en la guerra más grande de la historia

Este conflicto bélico, enfrentó a cristianos contra cristianos, católicos contra católicos, en definitiva, hermanos contra hermanos e hijos de un mismo Padre, provocando la peor violencia y división que afectaba de un modo especial al Occidente Cristiano⁵². No debería pasar inadvertido esta conmemoración por los fenómenos que la acompañaron y por sus consecuencias, ya que supuso una serie de cambios en la sociedad y que afectaría también a la Iglesia.

1. La emancipación del hombre frente a Dios

A la guerra sigue el cansancio y la indiferencia, los distanciamiento en materia religiosa. El pensamiento liberal de comienzos del siglo XIX puso en valor la libertad de la que goza el hombre, en sus distintas manifestaciones: de pensamiento, de expresión, de enseñanza, libertad política, religiosa... Sin embargo, al defender una libertad omnímoda no sólo no dejaba margen a la acción de Dios en la vida de los hombres, sino que la excluía. Esto consagró la autonomía del hombre frente al Creador, provocando de esta forma el avance de la secularización, que ya venía desarrollándose tiempo atrás.

⁵² Cf. BENEDICTO XV, *Ad beatissimi*, n. 2: *Doctrina Pontificia II. Documentos políticos*, (BAC, Madrid, 1958), 41.

Este proceso, considerado como el “suicidio espiritual de Europa”, ha provocado, a lo largo del siglo XX, no sólo que se viva como si Dios no existiera, sino que incluso, se considere que Dios es enemigo del hombre, porque quiere arrebatárle esa libertad que tanto le ha costado ganar. Una buena prueba de ello, es lo que significó los llamados “años locos”, de la posguerra, caracterizados por el vacío existencial, envuelto en un clima de hedonismo y de ansias de placeres con visos de paganismos y de descristianización, que se ha incrementado y consagrado en la cultura nihilista posmoderna del siglo XXI ⁵³.

A esta gran crisis existencial y moral que padece la cultura de Occidente desde aquella confrontación mundial de 1914, se podría aplicar las palabras que Jesús pronunció ante la vista de Jerusalén: “¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz!” (Lc 19, 42). Estas palabras anunciaban la destrucción de la Ciudad Santa porque no había reconocido al Mesías. Es significativo que el lamento de Jesús tenga lugar inmediatamente después de su entrada triunfal en Jerusalén, donde ha sido aclamado por el pueblo: “¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas” (Lc 19, 38).

Salvando la legítima autonomía de las realidades temporales, la Iglesia cree y confiesa que Cristo es el único que puede conceder a los hombres y a los pueblos una paz estable y duradera, porque Él, con su muerte en la cruz, no sólo nos ha reconciliado con Dios, sino

⁵³ Cf. A. FERNÁNDEZ, *¿Hacia dónde camina Occidente? Pasado, presente y futuro de la cultura del siglo XXI*, (BAC, Madrid, 2012) 59-62.

que ha reconciliado a los hombres entre sí, rompiendo los muros del odio que nos separaba.⁵⁴

El Reino anunciado por Cristo no habla de tiranía, ni justifica el sometimiento del hombre, ni destruye su dignidad, sino que muestra el auténtico camino de la libertad, que mueve al hombre a trabajar por el bien común, creando lazos de fraternidad entre todos y estableciendo relaciones de justicia basada en la solidaridad. Y éste es el mensaje que predica la Iglesia desde sus orígenes, “que Cristo, vencedor de la muerte, reina sobre el universo que Él mismo ha rescatado. Su Reino incluye también el tiempo presente y terminará sólo cuando todo será consignado al Padre y la historia humana se concluirá con el juicio final (cf. 1Cor 15, 20-28)”⁵⁵. Esto mismo fue lo que recordó Benedicto XV, elegido papa el 1 de noviembre de 1914, poco después de comenzar la primera guerra mundial, en su primera encíclica *Ad beatissimi*.

Pero a pesar de este debacle de los principios cristianos, desde aquella Primera contienda bélica, se inició en el seno de la Iglesia un camino de renacimiento de la vida espiritual, redescubrimiento de los aspectos comunitarios de la fe, búsqueda de lo esencial del cristianismo en la Sagrada Escritura, en los Padres y en la Litúrgica. Así, como un mayor anhelo de unidad entre los cristianos. Al final del cruento conflicto muchos pensadores como Blondel, Bergson o Le Roy, fueron conscientes de que había que rectificar muchas ideas preconcebidas y de que el hueco dejado por el fracaso de algunas

⁵⁴ Cf. R. Cantalamessa, Primera Predicación de Adviento: *La paz como don de Dios en Cristo Jesús*, (Ciudad del Vaticano 5 diciembre 2014).

⁵⁵ PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n. 383.

filosofías, poco antes dominantes en Europa, como el positivismo, podía ser cubierto por visiones del mundo más cercanas a las propias del cristianismo. Surgieron así intelectuales católicos que con su enseñanza y escritos marcaron este planteamiento. Papini, Guardini, Mauriac, Chesterton o Claudel son algunos de estos nombres.

2. La labor de los capellanes castrenses en la Gran Guerra.

En medio de la crueldad de la guerra, la labor de los capellanes fue vital en este conflicto. La tarea que realizaron ha sido reconocidas por muchos historiadores de la época. Viajaban con la unidad de primeros auxilios proporcionando cuidado espiritual y físico a los heridos y a los que morían. Trabajaban estrechamente con los otros no-combatientes: los cirujanos, los equipos de ambulancias y los camilleros. El capellán estaba con las tropas dondequiera que estuvieran acantonadas, incluyendo campamentos y cuarteles en Europa, los Estados Unidos y Siberia.

El ministerio era ecuménico con capellanes de diferentes credos brindando atención a cualquiera que necesitara el consuelo y distracción. Un capellán que consolaba a un soldado moribundo podría haberle leído un salmo a un protestante, llevado un crucifijo a los labios a un católico o guiado a un soldado hebreo en su profesión de fe. Las situaciones y las circunstancias influían en la labor pastoral y litúrgica de cada día. Las homilías respondían al escenario inmediato que se estaba viviendo. Normalmente eran las pronunciadas de forma sencilla y escuetas, con un lenguaje directo que conectase con los soldados. Los capellanes dirigían la oración en las trincheras, comedores, iglesias de las villas o en los bosques. A

los capellanes católicos no le faltó el apoyo de la Santa Sede facilitando directrices pastorales y espirituales para ayudar a los sacerdotes en aquellas horribles situaciones. Hay que destacar aquellas referentes a la celebración de la Eucaristía y de la Penitencia en situaciones límites.

Tras la batalla, se requería que los capellanes recogieran a los muertos y les dieran una sepultura digna. Una vez que se hacía eso, la tarea del capellán incluía realizar sus tareas de registro de tumbas. Los sacerdotes y ministros de diversas confesiones debían de asegurar de que cada tumba fuera marcada con el nombre completo del difunto, unidad y fecha de muerte, de modo que la información correspondiese con los registros de la unidad. La localización de la tumba era buscada con las coordenadas, el nombre y la escala en un mapa. Una vez concluido lo anterior, los capellanes regresaban a los hospitales para visitar heridos y ayudarles a escribir cartas de afecto y cariño a sus familiares y parientes cercanos. Los capellanes hacían todo esto de manera adicional a sus tareas habituales de consejeros espiritual y humano, las celebraciones del servicio religioso según su credo, la redacción y distribución de pequeños escritos que levantase el ánimo de los combatientes, con recomendaciones prácticas como eran las consignas semanales. No faltaron capellanes que llevaron su ministerio y consuelo espiritual a los prisioneros de guerra.

En 1917 se creó la "Escuela de Capellanes del Ejército de EE.UU." para cubrir la necesidad de formar adecuadamente a los capellanes que acompañarán a la gran fuerza expedicionaria estadounidense que marcharía a Europa. Tanto estos, como los europeos, realizaron una obra meritoria de solidaridad y sacrificio por defender los valores morales, los derechos humanos y la

autodeterminación de los pueblos. Uno de ellos, será, el sacerdote italiano Angelo Roncalli, luego Papa Juan XXIII, y ahora santo. Durante este conflicto bélico, ejerció primero como sargento médico y más tarde como capellán castrense.

La paz firmada en París en 1919 fue efímera, ya que dos décadas después estalló la Segunda Guerra Mundial. Entre sus razones se pueden señalar: el alza de los nacionalismos, una cierta debilidad de los Estados democráticos, la humillación sentida por Alemania tras su derrota, las grandes crisis económicas y, sobre todo, el auge del fascismo⁵⁶.

Como en campañas anteriores y tiempos de paz, los capellanes han sido a menudo historiadores de la unidad, bibliotecarios, consejeros legales u oficiales de moral y de educación. El ministerio castrense siempre representan un “plus de humanidad” allí donde se encuentre, mediante el anuncio, celebración y testimonio del Evangelio del “Príncipe de la paz”.

3. Benedicto XV, valeroso defensor de la paz

El cardenal – arzobispo de Bolonia, Giacomo della Chiesa cuando fue elegido Papa tomo el nombre de Benedicto XV (1914-1922). Provenía del mundo de la diplomacia. Era de una personalidad sin grandes apariencias, de carácter noble y templado, inteligente y de ejemplar abnegación⁵⁷.

⁵⁶ Cf. D. DINER, *Raccontare il Novecento. Una storia politica* (Garzanti, Italia 2001).

⁵⁷ J.F. POUILLARD, *Il Papa sconosciuto. Benedetto XV (1914-1922) e la ricerca della pace*, (San Paolo, Milano 2001), 17-24.

Como dato curioso fue consejero (1883-1887) de la Nunciatura en España, que entonces tenía su sede en la actual edificio donde hoy se ubica la Curia del Arzobispado Castrense de España. Desempeñó un papel crucial en el arbitraje de la disputa entre España y Prusia por la posesión de las Islas Carolinas. Compaginó sus quehaceres en la nunciatura con el desempeño de su ministerio sacerdotal y dio muestras admirables de caridad con los enfermos afectados por la epidemia de cólera que se desató en 1885.

El Papa della Chiesa consideró como tarea urgente de su pontificado el contribuir a la terminación de la guerra. Su férrea imparcialidad fue mal comprendida en ocasiones por los del uno y los otro bando. Insistentemente elevó su voz contra la prosecución de la guerra⁵⁸. Así, en su primera encíclica señaló que las causas últimas de esa guerra habían sido “la ausencia de buena voluntad mutua en las relaciones humanas, desprecio de la autoridad, luchas injustas entre las diversas clases de ciudadanos y apetitos desordenados de los bienes precederos”⁵⁹, que se puso de manifiesto en una prepotente política expansionista, por encima del bien de los ciudadanos, y en la ruptura de la fraternidad por un exacerbado nacionalismo y el racismo consecuente.

Benedicto XV, “buscó la paz y corrió tras ella”, como dice el salmista, pero comprobó la fragilidad de la convivencia pacífica entre los hombres. Él como Vicario de Cristo en la tierra, se esforzó activa y enérgicamente en promover la paz mediante la plegaria continua y la acción comprometida en condenar el conflicto y aliviar

⁵⁸ Ibid., 103-115.

⁵⁹ BENEDICTO XV, *Ad beatissimi*, n. 4: *Doctrina Pontificia II. Documentos políticos*, (BAC, Madrid, 1958), 443.

sus consecuencias. Puso toda su autoridad moral al servicio del restablecimiento de la paz, insistiendo por todos los medios en la necesidad de conseguir una paz justa, pero no encontró eco en los responsables políticos, quienes le acusaron de causar desaliento con sus palabras entre los combatientes. El Papa estaba convencido de que sólo un cese de los combates, que no implicara el aniquilamiento de ninguno de los países en lucha, ofrecería a Europa la posibilidad de recobrar su unidad moral. También estaba seguro de que la guerra acarrearía graves consecuencias sociales, por lo que se esforzó para que no estallase la revolución temida por unos y auspiciada por otros.

La Iglesia puso todo su interés y medios en ayudar a los heridos, a los prisioneros, a cuantos quedaban en situaciones de exclusión. Se intentó conseguir el intercambio de prisioneros incapaces. La organización de información y ayuda a los soldados heridos y a sus familias resultó sorprendente. Se distribuyeron medicinas y alimentos en las regiones más necesitadas sin tener en cuenta la identidad religiosa o étnica ⁶⁰.

Fue el primero en condenar la Paz de Versalles, considerando que la revancha había predominado sobre el deseo de conseguir una paz estable y justa. Toda guerra –y más una guerra de estas dimensiones– constituye siempre un fracaso del cristianismo que predica como uno de sus núcleos fundamentales que todos somos hermanos porque Dios es nuestro Padre común ⁶¹.

⁶⁰ Cf. J. LENZENWEGER, P. STOCKMEIER, K. AMON, R. ZINHOBLER, *Historia de la Iglesia*, (Herder, Barcelona, 1989), 534-535

⁶¹ Cf. W. NEUS, *Historia de la Iglesia IV. La Iglesia en la edad moderna y en la actualidad*, (Rialp, Madrid, 1962), 469.

Con la guerra se desvaneció el optimismo desbordante en las capacidades autónomas del espíritu humano, que había caracterizado el siglo XIX, optimismo relacionado en no pocos ambientes con el convencimiento de que el cristianismo tenía los días contados.

El nacionalismo de los diversos Estados y el deseo de los políticos de aniquilar al adversario para conseguir el predominio de sus naciones y mayores mercados económicos, impidió que se escuchasen las propuestas del Papa, una autoridad que no se movía por intereses políticos o materiales sino por la razón y el bien común. Los mismos católicos de cada país se dividieron entre el rechazo, los oídos sordos, la deferencia reticente y la interpretación libre del pensamiento pontificio. Pocos pensaron como Bernard Shaw que sería mejor cerrar las iglesias que acudir a ellas para la victoria sobre el enemigo. Los poderes de la guerra no le aceptaron como mediador, pero no pudieron acallar su voz. Hoy la historia le da la razón en muchos de su análisis y juicios.

Es significativo que, a lo largo de la historia, en los conflictos armados, la repetida oración en todas las Iglesias y por parte de los episcopados nacionales haya sido, no a favor de la paz, sino de la victoria de los respectivos países. Esto nos lleva a la consideración de que la mayoría del clero y de los cristianos en general esperaban más en una intervención divina contra el enemigo, que en la creencia fundamental de la paternidad universal de Dios y en la opción fundamental de Cristo por la paz.

Sin embargo, hay que reconocer que, gracias a Dios, hoy en día las personas que sirven en las fuerzas armadas, creyentes y hombres y mujeres de buena voluntad, son conscientes de que el

mejor servicio que pueden hacer a su país, es el de la paz. Y son muchos los que han entregado su vida en favor de aquellos valores que son comunes a todos: el bien, la verdad, la libertad y la justicia. Así lo recordaba Juan Pablo II al hablar del trabajo de los militares en las misiones humanitarias: “Los cristianos que trabajan en este ámbito, como fieles laicos y como miembros de la comunidad eclesial, pueden dar un gran impulso a esta nueva concepción de la función militar, ya sea mediante la formación de la conciencia, o mediante una cada vez más incisiva difusión de los valores de la justicia, la solidaridad y la paz: valores que están en la base de un verdadero orden internacional”⁶².

En definitiva, el militar cristiano debe ser constructor de la civilización del amor, ya que la paz no es sólo el fruto de la justicia, sino que también requiere la fraternidad. Es el amor el que reconoce al otro, no como un enemigo, sino como un hermano. La caridad libera de las ataduras del odio; no se deja guiar ni por el egoísmo ni por el individualismo, sino que busca el bien común. “La caridad representa el mayor mandamiento social. Respeta al otro y sus derechos. Exige la práctica de la justicia y es la única que nos hace capaces de esta. Inspira una vida de entrega de sí mismo: ‘el que pretenda guardar su vida la perderá; y el que la pierda la recobrará’ (Lc 17, 33)”⁶³.

⁶² Juan Pablo II, *Mensaje al III Congreso Internacional de Ordinarios Militares* (11 marzo 1994), n. 4: AAS 87 (1995) 75.

⁶³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1889. Cf. PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, nn. 581. 583.

4. El Papa Francisco, recuerda a las víctimas de todos los conflictos armados

Con motivo de la efeméride del centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial, el actual Obispo de Roma celebró la Eucaristía el pasado día 13 de septiembre en Fogliano Redipuglia en la provincia de Gorizia, al nordeste de Italia, cerca de la frontera con Eslovenia, donde se situó uno de los frentes más encarnizados de la Gran Guerra.

A este encuentro fueron invitados los Ordinarios Militares de Europa, los Obispos de la región, junto con la participación de delegados ortodoxos, judíos, protestantes y musulmanes de la zona, así como una alta representación de los militares italianos.

El lugar elegido era significativo tanto en el plano histórico como en el emotivo para Francisco. En ese municipio se encuentran dos cementerios en los que yacen los combatientes de ambas partes beligerantes: el Imperio Austro-húngaro e Italia. El primer acto del Pontífice fue el rezo en solitario en el cementerio austrohúngaro, donde permanecen sepultados 14.550 soldados del Eje Central. A continuación la Misa, que tuvo lugar en el llamado sagrario de Redipuglia, una colosal grada de piedra coronada por tres cruces, mandado construir en 1938, donde reposan los restos mortales de 100.000 soldados italianos.

La intención del Papa con esa visita pastoral, fue la de invocar la paz y orar por los caídos en todos los conflictos bélicos por lo que, de manera simbólica, visitaría ambos camposantos con el fin de honrar a los caídos de ambos bandos.

La significación personal viene motivada porque el abuelo de Francisco, Giovanni Bergoglio, fue uno de los miles de italianos que pelearon en las trincheras cerca del río Isonzo, en las proximidades de la que hoy es la frontera con Eslovenia, en una campaña que tenía como propósito penetrar las defensas austro-húngaras. Estas batallas son recordadas con el monumento de Redipuglia.

El abuelo del Obispo de Roma, fue reclutado a los 30 años cuando Italia entró en la guerra. Giovanni Bergoglio recibió un certificado de buena conducta y 200 liras al término de la guerra, según documentos difundidos por la prensa de la Conferencia Episcopal Italiana. Debido al estancamiento económico de posguerra en Italia, el abuelo de Francisco emigró a Argentina, donde nació Jorge Mario Bergoglio y el mismo ha confesado que: "escuché muchas historias de dolor de los labios de mi abuelo".

En el momento del ofertorio de la Misa de aquel día hubo un gesto muy significativo que demuestra que cualquier "guerra es una locura". Los padres de un soldado italiano que murió el año pasado en Afganistán entregaron a Francisco el gorro emplumado Bersagliere que es distintivo del cuerpo piemontés, famoso por la gran resistencia encarnada con su tradicional de marchar al trote. El abuelo del Papa, que procedía de la región de Piamonte, pertenecía a ese cuerpo.

En el escenario de este lugar cargado de sangrienta historia y en un ambiente religiosamente ecuménico, el Pontífice alzo su voz en recuerdo de quienes murieron en la Primera Guerra y por las víctimas de todos los enfrentamientos bélicos. Estas son sus palabras, que interpelan y humedecen nuestros ojos ante la barbarie humana:

“Hermanos y hermanas:

Viendo la belleza del paisaje de esta zona, en la que hombres y mujeres trabajan para sacar adelante a sus familias, donde los niños juegan y los ancianos sueñan... aquí, en este lugar, cerca de este cementerio, solamente acierto a decir: la guerra es una locura.

Mientras Dios lleva adelante su creación y nosotros los hombres estamos llamados a colaborar en su obra, la guerra destruye. Destruye también lo más hermoso que Dios ha creado: el ser humano. La guerra trastorna todo, incluso la relación entre hermanos. La guerra es una locura; su programa de desarrollo es la destrucción: ¡crecer destruyendo!

La avaricia, la intolerancia, la ambición de poder... son motivos que alimentan el espíritu bélico, y estos motivos a menudo encuentran justificación en una ideología; pero antes está la pasión, el impulso desordenado. La ideología es una justificación, y cuando no es la ideología, está la respuesta de Caín: «¿A mí qué me importa?», «¿Soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4, 9). La guerra no mira a nadie a la cara: ancianos, niños, madres, padres... «¿A mí qué me importa?».

Sobre la entrada de este cementerio, se alza el lema desvergonzado de la guerra: «¿A mí qué me importa?». Todas estas personas, que reposan aquí,

tenían sus proyectos, tenían sus sueños... pero sus vidas quedaron truncadas. ¿Por qué? Porque la humanidad dijo: «¿A mí qué me importa?».

Hoy, tras el segundo fracaso de otra guerra mundial, quizás se puede hablar de una tercera guerra combatida «por partes», con crímenes, masacres, destrucciones...

Para ser honestos, la primera página de los periódicos debería llevar el titular: «¿A mí qué me importa?». En palabras de Caín: «¿Soy yo el guardián de mi hermano?».

Esta actitud es justamente lo contrario de lo que Jesús nos pide en el Evangelio. Lo hemos escuchado: Él está en el más pequeño de los hermanos: Él, el Rey, el Juez del mundo, Él es el hambriento, el sediento, el forastero, el encarcelado... Quien se ocupa del hermano entra en el gozo del Señor; en cambio, quien no lo hace, quien, con sus omisiones, dice: «¿A mí qué me importa?», queda fuera.

Aquí y en el otro cementerio hay muchas víctimas. Hoy las recordamos. Hay lágrimas, hay luto, hay dolor. Y desde aquí recordamos a las víctimas de todas las guerras.

También hoy hay muchas víctimas... ¿Cómo es posible esto? Es posible porque también hoy, en la

sombra, hay intereses, estrategias geopolíticas, codicia de dinero y de poder, y está la industria armamentista, que parece ser tan importante.

Y estos planificadores del terror, estos organizadores del desencuentro, así como los fabricantes de armas, llevan escrito en el corazón: «¿A mí qué me importa?».

Es de sabios reconocer los propios errores, sentir dolor, arrepentirse, pedir perdón y llorar.

Con ese «¿A mí qué me importa?», que llevan en el corazón los que especulan con la guerra, quizás ganan mucho, pero su corazón corrompido ha perdido la capacidad de llorar. Caín no lloró. No pudo llorar. La sombra de Caín nos cubre hoy aquí, en este cementerio. Se ve aquí. Se ve en la historia que va de 1914 hasta nuestros días. Y se ve también en nuestros días.

Con corazón de hijo, de hermano, de padre, pido a todos ustedes y para todos nosotros la conversión del corazón: pasar de «¿A mí qué me importa?» al llanto... por todos los caídos de la «masacre inútil», por todas las víctimas de la locura de la guerra de todos los tiempos. Las lágrimas. Hermanos, la humanidad tiene necesidad de llorar, y esta es la hora del llanto”.

Monumento Militar de Redipuglia, 13 de septiembre de 2014.

IV. A modo de conclusión

El papa Francisco, en esta Jornada Mundial de la Paz 2015, nos lleva a los orígenes que sustentan la convivencia pacífica: los hombres y mujeres tenemos un mismo origen, naturaleza y anhelo de felicidad. Es algo que está inscrito en nuestros corazones, no podemos renunciar a ello, ni tenemos razones que justifiquen cualquier violación de ese “fondo” constituyente de la humanidad. La violencia, el terrorismo y la guerra quebrantan los derechos más esenciales de la persona y de la sociedad. El Pontífice, quiere con ello llamar la atención de cómo la paz verdadera se funda en el respeto a la dignidad e identidad de todos los seres humanos, sin discriminación alguna. Es un deber de toda persona y gobierno buscar la paz: fruto de la justicia, la libertad, la verdad, la solidaridad y la igualdad.

Todo esto se ha puesto de manifiesto en el compromiso, firmado en el Vaticano el pasado 2 de diciembre, entre los líderes religiosos mundiales junto con el Papa Francisco, para erradicar la esclavitud moderna antes del año 2020. Es una iniciativa que quiere unir a todos los credos y a los hombres de buena voluntad en una iniciativa común, que tiene como principio fundamental que “Cada ser humano, hombre, mujer, niño, niña es imagen de Dios, Dios es Amor y libertad que se dona en relaciones interpersonales, así cada ser humano es una persona libre destinada a existir para el bien de otros en igualdad y fraternidad”⁶⁴.

⁶⁴ *Declaración de los líderes religiosos contra la esclavitud en ocasión de la Jornada internacional para la abolición de la esclavitud (Roma, 2 diciembre*

Esta iniciativa demuestra que el hecho religioso es un elemento estructural de la conciencia humana, una categoría universal indispensable que tiene una dimensión social que no debe ser ignorada o silenciada. Los preceptos de una Religión, nunca deberían ser manipulados para violentar los principios básicos de la convivencia pacífica entre los hombres⁶⁵.

† *Juan del Río Martín*
Arzobispo Castrense

Madrid 8 de diciembre de 2015
Solemnidad de la Inmaculada
Concepción de Santa María Virgen
Patrona de España

2014): <http://www.news.va/es/news/no-podemos-tolerar-que-la-imagen-del-dios-vivo-sea> (3 diciembre de 2014)

⁶⁵ “Utilizar las palabras reveladas, las sagradas Escrituras o el nombre de Dios para justificar nuestros intereses, nuestras políticas tan fácilmente complacientes o nuestra violencias, es un delito muy grave” Benedicto XVI, *Discurso en el Encuentro con los miembros del Gobierno, los representantes de las Instituciones de la República, el Cuerpo Diplomático y los representantes de las principales religiones*, (Cotonou, 19.11.2011).



NO ESCLAVOS, SINO HERMANOS

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA CELEBRACIÓN DE LA
XLVIII JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ**

- 01 DE ENERO DE 2015 -

1. Al comienzo de un nuevo año, que recibimos como una gracia y un don de Dios a la humanidad, deseo dirigir a cada hombre y mujer, así como a los pueblos y naciones del mundo, a los jefes de Estado y de Gobierno, y a los líderes de las diferentes religiones, mis mejores deseos de paz, que acompaño con mis oraciones por el fin de las guerras, los conflictos y los muchos de sufrimientos causados por el hombre o por antiguas y nuevas epidemias, así como por los devastadores efectos de los desastres naturales. Rezo de modo especial para que, respondiendo a nuestra común vocación de colaborar con Dios y con todos los hombres de buena voluntad en la promoción de la concordia y la paz en el mundo, resistamos a la tentación de comportarnos de un modo indigno de nuestra humanidad.

En el mensaje para el 1 de enero pasado, señalé que del «deseo de una vida plena... forma parte un anhelo indeleble de fraternidad, que nos invita a la comunión con los otros, en los que encontramos no enemigos o contrincantes, sino hermanos a los que acoger y querer»¹. Siendo el hombre un ser relacional, destinado a realizarse en un contexto de relaciones interpersonales inspiradas por la justicia y la caridad, es esencial que para su desarrollo se reconozca y respete su dignidad, libertad y autonomía. Por desgracia, el flagelo cada vez más generalizado de la explotación del hombre por parte del hombre daña seriamente la vida de comunión y la llamada a estrechar relaciones interpersonales marcadas por el

¹ N. 1

respeto, la justicia y la caridad. Este fenómeno abominable, que pisotea los derechos fundamentales de los demás y aniquila su libertad y dignidad, adquiere múltiples formas sobre las que deseo hacer una breve reflexión, de modo que, a la luz de la Palabra de Dios, consideremos a todos los hombres «no esclavos, sino hermanos».

A la escucha del proyecto de Dios sobre la humanidad

2. El tema que he elegido para este mensaje recuerda la carta de san Pablo a Filemón, en la que le pide que reciba a Onésimo, antiguo esclavo de Filemón y que después se hizo cristiano, mereciendo por eso, según Pablo, que sea considerado como un hermano. Así escribe el Apóstol de las gentes: «Quizá se apartó de ti por breve tiempo para que lo recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido» (Flm 15-16). Onésimo se convirtió en hermano de Filemón al hacerse cristiano. Así, la conversión a Cristo, el comienzo de una vida de discipulado en Cristo, constituye un nuevo nacimiento (cf. 2 Co 5,17; 1 P 1,3) que regenera la fraternidad como vínculo fundante de la vida familiar y base de la vida social.

En el libro del Génesis, leemos que Dios creó al hombre, varón y hembra, y los bendijo, para que crecieran y se multiplicaran (cf. 1,27-28): Hizo que Adán y Eva fueran padres, los cuales, cumpliendo la bendición de Dios de ser fecundos y multiplicarse, concibieron la primera fraternidad, la de Caín y Abel. Caín y Abel eran hermanos, porque vienen del mismo vientre, y por lo tanto tienen el mismo origen, naturaleza y dignidad de sus padres, creados a imagen y semejanza de Dios.

Pero la fraternidad expresa también la multiplicidad y diferencia que hay entre los hermanos, si bien unidos por el nacimiento y por la misma naturaleza y dignidad. Como hermanos y hermanas, todas las personas están por naturaleza relacionadas con las demás, de las que se diferencian pero con las que comparten el mismo origen, naturaleza y dignidad. Gracias a ello la fraternidad crea la red de relaciones fundamentales para la construcción de la familia humana creada por Dios.

Por desgracia, entre la primera creación que narra el libro del Génesis y el nuevo nacimiento en Cristo, que hace de los creyentes hermanos y hermanas del «primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29), se encuentra la realidad negativa del pecado, que muchas veces interrumpe la fraternidad creatural y deforma continuamente la belleza y nobleza del ser hermanos y hermanas de la misma familia humana. Caín, además de no soportar a su hermano Abel, lo mata por envidia cometiendo el primer fratricidio. «El asesinato de Abel por parte de Caín deja constancia trágicamente del rechazo radical de la vocación a ser hermanos. Su historia (cf. Gn 4,1-16) pone en evidencia la dificultad de la tarea a la que están llamados todos los hombres, vivir unidos, preocupándose los unos de los otros»².

También en la historia de la familia de Noé y sus hijos (cf. Gn 9,18-27), la maldad de Cam contra su padre es lo que empuja a Noé a maldecir al hijo irreverente y bendecir a los demás, que sí lo honraban, dando lugar a una desigualdad entre hermanos nacidos del mismo vientre.

² Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2014, 2.

En la historia de los orígenes de la familia humana, el pecado de la separación de Dios, de la figura del padre y del hermano, se convierte en una expresión del rechazo de la comunión traducándose en la cultura de la esclavitud (cf. Gn 9,25-27), con las consecuencias que ello conlleva y que se perpetúan de generación en generación: rechazo del otro, maltrato de las personas, violación de la dignidad y los derechos fundamentales, la institucionalización de la desigualdad. De ahí la necesidad de convertirse continuamente a la Alianza, consumada por la oblación de Cristo en la cruz, seguros de que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia... por Jesucristo» (Rm 5,20.21). Él, el Hijo amado (cf. Mt 3,17), vino a revelar el amor del Padre por la humanidad. El que escucha el evangelio, y responde a la llamada a la conversión, llega a ser en Jesús «hermano y hermana, y madre» (Mt 12,50) y, por tanto, hijo adoptivo de su Padre (cf. Ef 1,5).

No se llega a ser cristiano, hijo del Padre y hermano en Cristo, por una disposición divina autoritativa, sin el concurso de la libertad personal, es decir, sin convertirse libremente a Cristo. El ser hijo de Dios responde al imperativo de la conversión: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2,38). Todos los que respondieron con la fe y la vida a esta predicación de Pedro entraron en la fraternidad de la primera comunidad cristiana (cf. 1 P 2,17; Hch 1,15.16; 6,3; 15,23): judíos y griegos, esclavos y hombres libres (cf. 1 Co 12,13; Ga 3,28), cuya diversidad de origen y condición social no disminuye la dignidad de cada uno, ni excluye a nadie de la pertenencia al Pueblo de Dios. Por ello, la comunidad cristiana es el lugar de la comunión vivida en el

amor entre los hermanos (cf. Rm 12,10; 1 Ts 4,9; Hb 13,1; 1 P 1,22; 2 P 1,7).

Todo esto demuestra cómo la Buena Nueva de Jesucristo, por la que Dios hace «nuevas todas las cosas» (Ap 21,5)³, también es capaz de redimir las relaciones entre los hombres, incluida aquella entre un esclavo y su amo, destacando lo que ambos tienen en común: la filiación adoptiva y el vínculo de fraternidad en Cristo. El mismo Jesús dijo a sus discípulos: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15).

Múltiples rostros de la esclavitud de entonces y de ahora

3. Desde tiempos inmemoriales, las diferentes sociedades humanas conocen el fenómeno del sometimiento del hombre por parte del hombre. Ha habido períodos en la historia humana en que la institución de la esclavitud estaba generalmente aceptada y regulada por el derecho. Éste establecía quién nacía libre, y quién, en cambio, nacía esclavo, y en qué condiciones la persona nacida libre podía perder su libertad u obtenerla de nuevo. En otras palabras, el mismo derecho admitía que algunas personas podían o debían ser consideradas propiedad de otra persona, la cual podía disponer libremente de ellas; el esclavo podía ser vendido y comprado, cedido y adquirido como una mercancía.

Hoy, como resultado de un desarrollo positivo de la conciencia de la humanidad, la esclavitud, crimen de lesa

³ Cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 11.

humanidad⁴, está oficialmente abolida en el mundo. El derecho de toda persona a no ser sometida a esclavitud ni a servidumbre está reconocido en el derecho internacional como norma inderogable.

Sin embargo, a pesar de que la comunidad internacional ha adoptado diversos acuerdos para poner fin a la esclavitud en todas sus formas, y ha dispuesto varias estrategias para combatir este fenómeno, todavía hay millones de personas –niños, hombres y mujeres de todas las edades– privados de su libertad y obligados a vivir en condiciones similares a la esclavitud.

Me refiero a tantos trabajadores y trabajadoras, incluso menores, oprimidos de manera formal o informal en todos los sectores, desde el trabajo doméstico al de la agricultura, de la industria manufacturera a la minería, tanto en los países donde la legislación laboral no cumple con las mínimas normas y estándares internacionales, como, aunque de manera ilegal, en aquellos cuya legislación protege a los trabajadores.

Pienso también en las condiciones de vida de muchos emigrantes que, en su dramático viaje, sufren el hambre, se ven privados de la libertad, despojados de sus bienes o de los que se abusa física y sexualmente. En aquellos que, una vez llegados a su destino después de un viaje durísimo y con miedo e inseguridad, son detenidos en condiciones a veces inhumanas. Pienso en los que se ven obligados a la clandestinidad por diferentes motivos sociales, políticos y económicos, y en aquellos que, con el fin de permanecer dentro de la ley, aceptan vivir y trabajar en condiciones inadmisibles,

⁴ Cf. Discurso a la Asociación internacional de Derecho penal, 23 octubre 2014; L'Osservatore Romano, Ed. lengua española, 31 octubre 2014, p. 8.

sobre todo cuando las legislaciones nacionales crean o permiten una dependencia estructural del trabajador emigrado con respecto al empleador, como por ejemplo cuando se condiciona la legalidad de la estancia al contrato de trabajo... Sí, pienso en el «trabajo esclavo».

Pienso en las personas obligadas a ejercer la prostitución, entre las que hay muchos menores, y en los esclavos y esclavas sexuales; en las mujeres obligadas a casarse, en aquellas que son vendidas con vistas al matrimonio o en las entregadas en sucesión, a un familiar después de la muerte de su marido, sin tener el derecho de dar o no su consentimiento.

No puedo dejar de pensar en los niños y adultos que son víctimas del tráfico y comercialización para la extracción de órganos, para ser reclutados como soldados, para la mendicidad, para actividades ilegales como la producción o venta de drogas, o para formas encubiertas de adopción internacional.

Pienso finalmente en todos los secuestrados y encerrados en cautividad por grupos terroristas, puestos a su servicio como combatientes o, sobre todo las niñas y mujeres, como esclavas sexuales. Muchos de ellos desaparecen, otros son vendidos varias veces, torturados, mutilados o asesinados.

Algunas causas profundas de la esclavitud

4. Hoy como ayer, en la raíz de la esclavitud se encuentra una concepción de la persona humana que admite el que pueda ser tratada como un objeto. Cuando el pecado corrompe el corazón humano, y lo aleja de su Creador y de sus semejantes, éstos ya no se ven como

seres de la misma dignidad, como hermanos y hermanas en la humanidad, sino como objetos. La persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, queda privada de la libertad, mercantilizada, reducida a ser propiedad de otro, con la fuerza, el engaño o la constricción física o psicológica; es tratada como un medio y no como un fin.

Junto a esta causa ontológica –rechazo de la humanidad del otro– hay otras que ayudan a explicar las formas contemporáneas de la esclavitud. Me refiero en primer lugar a la pobreza, al subdesarrollo y a la exclusión, especialmente cuando se combinan con la falta de acceso a la educación o con una realidad caracterizada por las escasas, por no decir inexistentes, oportunidades de trabajo. Con frecuencia, las víctimas de la trata y de la esclavitud son personas que han buscado una manera de salir de un estado de pobreza extrema, creyendo a menudo en falsas promesas de trabajo, para caer después en manos de redes criminales que trafican con los seres humanos. Estas redes utilizan hábilmente las modernas tecnologías informáticas para embaucar a jóvenes y niños en todas las partes del mundo.

Entre las causas de la esclavitud hay que incluir también la corrupción de quienes están dispuestos a hacer cualquier cosa para enriquecerse. En efecto, la esclavitud y la trata de personas humanas requieren una complicidad que con mucha frecuencia pasa a través de la corrupción de los intermediarios, de algunos miembros de las fuerzas del orden o de otros agentes estatales, o de diferentes instituciones, civiles y militares. «Esto sucede cuando al centro de un sistema económico está el dios dinero y no el hombre, la persona humana. Sí, en el centro de todo sistema social o económico, tiene

que estar la persona, imagen de Dios, creada para que fuera el dominador del universo. Cuando la persona es desplazada y viene el dios dinero sucede esta trastocación de valores»⁵.

Otras causas de la esclavitud son los conflictos armados, la violencia, el crimen y el terrorismo. Muchas personas son secuestradas para ser vendidas o reclutadas como combatientes o explotadas sexualmente, mientras que otras se ven obligadas a emigrar, dejando todo lo que poseen: tierra, hogar, propiedades, e incluso la familia. Éstas últimas se ven empujadas a buscar una alternativa a esas terribles condiciones aun a costa de su propia dignidad y supervivencia, con el riesgo de entrar de ese modo en ese círculo vicioso que las convierte en víctimas de la miseria, la corrupción y sus consecuencias perniciosas.

Compromiso común para derrotar la esclavitud

5. Con frecuencia, cuando observamos el fenómeno de la trata de personas, del tráfico ilegal de los emigrantes y de otras formas conocidas y desconocidas de la esclavitud, tenemos la impresión de que todo esto tiene lugar bajo la indiferencia general.

Aunque por desgracia esto es cierto en gran parte, quisiera mencionar el gran trabajo silencioso que muchas congregaciones religiosas, especialmente femeninas, realizan desde hace muchos

⁵ Discurso a los participantes en el encuentro mundial de los movimientos populares, 28 octubre 2014: L'Osservatore Romano, Ed. lengua española, 31 octubre 2014, p. 3.

años en favor de las víctimas. Estos Institutos trabajan en contextos difíciles, a veces dominados por la violencia, tratando de romper las cadenas invisibles que tienen encadenadas a las víctimas a sus traficantes y explotadores; cadenas cuyos eslabones están hechos de sutiles mecanismos psicológicos, que convierten a las víctimas en dependientes de sus verdugos, a través del chantaje y la amenaza, a ellos y a sus seres queridos, pero también a través de medios materiales, como la confiscación de documentos de identidad y la violencia física. La actividad de las congregaciones religiosas se estructura principalmente en torno a tres acciones: la asistencia a las víctimas, su rehabilitación bajo el aspecto psicológico y formativo, y su reinserción en la sociedad de destino o de origen.

Este inmenso trabajo, que requiere coraje, paciencia y perseverancia, merece el aprecio de toda la Iglesia y de la sociedad. Pero, naturalmente, por sí solo no es suficiente para poner fin al flagelo de la explotación de la persona humana. Se requiere también un triple compromiso a nivel institucional de prevención, protección de las víctimas y persecución judicial contra los responsables. Además, como las organizaciones criminales utilizan redes globales para lograr sus objetivos, la acción para derrotar a este fenómeno requiere un esfuerzo conjunto y también global por parte de los diferentes agentes que conforman la sociedad.

Los Estados deben vigilar para que su legislación nacional en materia de migración, trabajo, adopciones, deslocalización de empresas y comercialización de los productos elaborados mediante la explotación del trabajo, respete la dignidad de la persona. Se necesitan leyes justas, centradas en la persona humana, que defiendan sus derechos fundamentales y los restablezcan cuando son

pisoteados, rehabilitando a la víctima y garantizando su integridad, así como mecanismos de seguridad eficaces para controlar la aplicación correcta de estas normas, que no dejen espacio a la corrupción y la impunidad. Es preciso que se reconozca también el papel de la mujer en la sociedad, trabajando también en el plano cultural y de la comunicación para obtener los resultados deseados.

Las organizaciones intergubernamentales, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, están llamadas a implementar iniciativas coordinadas para luchar contra las redes transnacionales del crimen organizado que gestionan la trata de personas y el tráfico ilegal de emigrantes. Es necesaria una cooperación en diferentes niveles, que incluya a las instituciones nacionales e internacionales, así como a las organizaciones de la sociedad civil y del mundo empresarial.

Las empresas⁶, en efecto, tienen el deber de garantizar a sus empleados condiciones de trabajo dignas y salarios adecuados, pero también han de vigilar para que no se produzcan en las cadenas de distribución formas de servidumbre o trata de personas. A la responsabilidad social de la empresa hay que unir la responsabilidad social del consumidor. Pues cada persona debe ser consciente de que «comprar es siempre un acto moral, además de económico»⁷.

Las organizaciones de la sociedad civil, por su parte, tienen la tarea de sensibilizar y estimular las conciencias acerca de las medidas necesarias para combatir y erradicar la cultura de la esclavitud.

⁶ Cf. Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz, *La vocazione del leader d'impresa. Una riflessione*, Milano e Roma, 2013.

⁷ Benedicto XVI, *Cart. enc. Caritas in veritate*, 66.

En los últimos años, la Santa Sede, acogiendo el grito de dolor de las víctimas de la trata de personas y la voz de las congregaciones religiosas que las acompañan hacia su liberación, ha multiplicado los llamamientos a la comunidad internacional para que los diversos actores unan sus esfuerzos y cooperen para poner fin a esta plaga⁸. Además, se han organizado algunos encuentros con el fin de dar visibilidad al fenómeno de la trata de personas y facilitar la colaboración entre los diferentes agentes, incluidos expertos del mundo académico y de las organizaciones internacionales, organismos policiales de los diferentes países de origen, tránsito y destino de los migrantes, así como representantes de grupos eclesiales que trabajan por las víctimas. Espero que estos esfuerzos continúen y se redoblen en los próximos años.

Globalizar la fraternidad, no la esclavitud ni la indiferencia

6. En su tarea de «anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad»⁹, la Iglesia se esfuerza constantemente en las acciones de carácter caritativo partiendo de la verdad sobre el hombre. Tiene la misión de mostrar a todos el camino de la conversión, que lleve a cambiar el modo de ver al prójimo, a reconocer en el otro, sea quien sea, a un hermano y a una hermana en la humanidad; reconocer su dignidad intrínseca en la verdad y libertad, como nos lo muestra la historia de Josefina Bakhita, la santa proveniente de la región de Darfur, en Sudán, secuestrada cuando tenía nueve años por traficantes de esclavos y vendida a dueños feroces. A través de

⁸ Cf. Mensaje al Sr. Guy Ryder, Director general de la Organización internacional del trabajo, con motivo de la Sesión 103 de la Conferencia de la OIT, 22 mayo 2014: *L'Osservatore Romano*, Ed. leng. española 6 junio 2014, p. 3.

⁹ Benedicto XVI, Carta. enc. *Caritas in veritate*, 5.

sucesos dolorosos llegó a ser «hija libre de Dios», mediante la fe vivida en la consagración religiosa y en el servicio a los demás, especialmente a los pequeños y débiles. Esta Santa, que vivió entre los siglos XIX y XX, es hoy un testigo ejemplar de esperanza¹⁰ para las numerosas víctimas de la esclavitud y un apoyo en los esfuerzos de todos aquellos que se dedican a luchar contra esta «llaga en el cuerpo de la humanidad contemporánea, una herida en la carne de Cristo»¹¹.

En esta perspectiva, deseo invitar a cada uno, según su puesto y responsabilidades, a realizar gestos de fraternidad con los que se encuentran en un estado de sometimiento. Preguntémonos, tanto comunitaria como personalmente, cómo nos sentimos interpelados cuando encontramos o tratamos en la vida cotidiana con víctimas de la trata de personas, o cuando tenemos que elegir productos que con probabilidad podrían haber sido realizados mediante la explotación de otras personas. Algunos hacen la vista gorda, ya sea por indiferencia, o porque se desentienden de las preocupaciones diarias, o por razones económicas. Otros, sin embargo, optan por hacer algo positivo, participando en asociaciones civiles o haciendo pequeños gestos cotidianos –que son tan valiosos–, como decir una palabra, un saludo, un «buenos días» o una sonrisa, que no nos cuestan nada, pero que pueden dar esperanza, abrir caminos, cambiar la vida de una

¹⁰ «A través del conocimiento de esta esperanza ella fue “redimida”, ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios. Entendió lo que Pablo quería decir cuando recordó a los Efesios que antes estaban en el mundo sin esperanza y sin Dios» (Benedicto XVI, Carta. enc. Spe salvi, 3).

¹¹ Discurso a los participantes en la II Conferencia internacional sobre la Trata de personas: Church and Law Enforcement in partnership, 10 abril 2014; L'Osservatore Romano, Ed. leng. española 11 abril 2014, p. 9; cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 270.

persona que vive en la invisibilidad, e incluso cambiar nuestras vidas en relación con esta realidad.

Debemos reconocer que estamos frente a un fenómeno mundial que sobrepasa las competencias de una sola comunidad o nación. Para derrotarlo, se necesita una movilización de una dimensión comparable a la del mismo fenómeno. Por esta razón, hago un llamamiento urgente a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, y a todos los que, de lejos o de cerca, incluso en los más altos niveles de las instituciones, son testigos del flagelo de la esclavitud contemporánea, para que no sean cómplices de este mal, para que no aparten los ojos del sufrimiento de sus hermanos y hermanas en humanidad, privados de libertad y dignidad, sino que tengan el valor de tocar la carne sufriente de Cristo¹², que se hace visible a través de los numerosos rostros de los que él mismo llama «mis hermanos más pequeños» (Mt 25,40.45).

Sabemos que Dios nos pedirá a cada uno de nosotros: ¿Qué has hecho con tu hermano? (cf. Gn 4,9-10). La globalización de la indiferencia, que ahora afecta a la vida de tantos hermanos y hermanas, nos pide que seamos artífices de una globalización de la solidaridad y de la fraternidad, que les dé esperanza y los haga reanudar con ánimo el camino, a través de los problemas de nuestro tiempo y las nuevas perspectivas que trae consigo, y que Dios pone en nuestras manos.

Vaticano, 8 de diciembre de 2014

FRANCISCO

¹² Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24; 270.

